

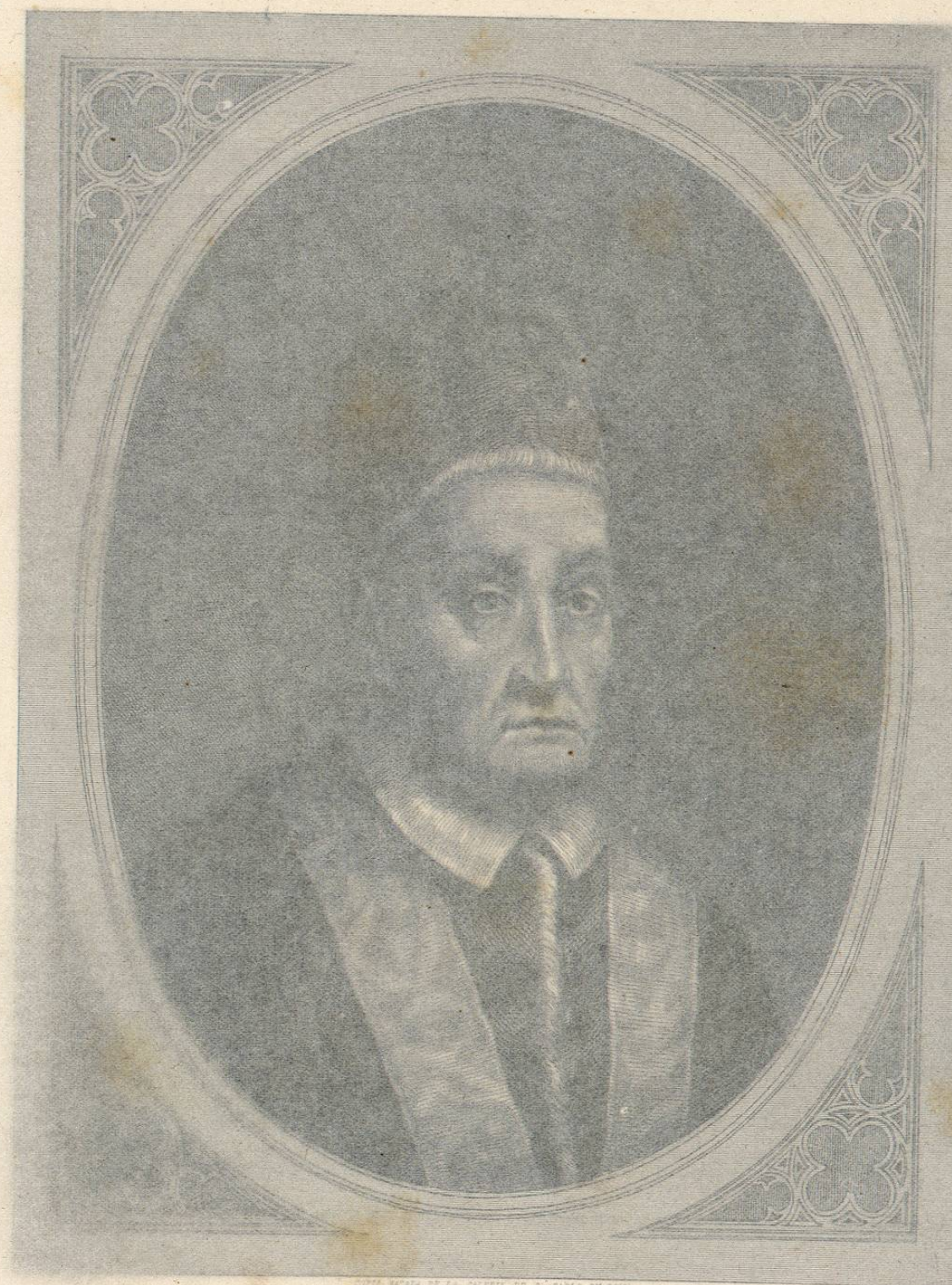
cias entre las cruzadas de los Papas anteriores reunidas contra la Jerusalem de los infieles, y las cruzadas de este Papa, reunidas contra un peñasco de los Colonnas. Pues aun descende mas, algunos grados mas, la decadencia religiosa en este tiempo. Bajo Bonifacio VIII, el jubileo que abre el siglo décimocuarto se promulga; los peregrinos se reunen; las procesiones invaden las calles de Roma; los cuatro puntos del horizonte envian familias piadosas que exhalan oraciones sublimes; el aire de la Ciudad Eterna se satura de incienso y el suelo de lágrimas; la tumba de los apóstoles se llena de ofrendas; el universo católico se une al pié de los altares; y á consecuencia de este gran movimiento, Villani escribe, Dante canta, Giotto pinta, la fe inspira todavía las almas, y el Pontificado brilla con arreboles de ocaso, pero deslumbrantes y espléndidos; en tanto que ahora, bajo Bonifacio IX, en vez de ir los delegados de los pueblos al Papa, van los delegados del Papa á los pueblos, ofreciendo por dinero la medicina de la indulgencia y la excusa del viaje. A tanto extremo llegará la irremediable decadencia del Pontificado. Dos terribles provocaciones á la revolucion dejó este Papa al morir tras sí: primera, restablecimiento del poder temporal; segunda, invencion de la venta de indulgencias.

Muerto Bonifacio IX, levantóse Roma en armas á reivindicar las instituciones republicanas. Los viejos bandos de güelfos y gibelinos surgieron de sus sepulcros como muertos aparecidos en siniestra noche de Sábado al toque de las ánimas; los Orsinos y los Colonnas sacaron sus melladas armas y vertieron furiosos, por el instinto hereditario en sus respectivas familias, romana sangre; las barricadas descollaron en todas las calles, defendidas por un pueblo, que tras tantos siglos no ha podido renunciar aun á su fe republicana; los sobrinos del Papa difunto corrieron al Capitolio y se apoderaron de aquella colina, sublime fortaleza, y de la autoridad que aun tienen sus piedras por la continúa evaporacion de los recuerdos; diputaron varios jefes de banda enviados al rey Ladislao de Nápoles para que trajera soldados y se presentara como conquistador: perturbaciones hondísimas, sobre cuyo tumultuoso oleaje se reunia un conclave sin fe para designar un Papa sin autoridad y sin prestigio. Llamóse este Papa Inocencio VII, natural de Sulmona, obispo de Bolonia, arzobispo de Rávena, cardenal de Santa Cruz, jurisconsulto, políti-



co, hábil y experto en todo negocio, de edad sexagenaria, de complexion conciliadora y pacífica.

Estas condiciones no impedían que la guerra le rodease también y le combatiese con verdadero encarnizamiento. No existía potentado alguno en aquellos tiempos, sin que aspirara con tenacidad á ejercer la tutela sobre el Pontificado. Y no existía generacion romana á su vez, que no aspirase á resucitar las antiguas instituciones democráticas. Cuando el Emperador de Alemania dejaba la tutela sobre Roma, tomábala el rey de Francia; y cuando la dejaba el rey de Francia tomábala el rey de Nápoles ó el duque de Milan. Por este tiempo resultaba el rey de Nápoles el verdadero tutor de la sede pontificia. Pues, lo mismo que sucedía con los reyes europeos, sucedía con las generaciones romanas. Todas ellas daban en todo tiempo un tribuno, mas ó menos claro; y todo tribuno, mas ó menos claro, aspiraba á fundar una República mas ó menos democrática. Estas luchas se reprodujeron en tiempo de Inocencio VII y se agravaron por el estado general del mundo. Roma parecía, pues, un campo de batalla. Una tarde de agosto, catorce ciudadanos de universal nombradía, y de verdadera influencia, dirigieron al Papa, comunicándole dos quejas: la una por su descuido en apaciguar las perturbaciones de Roma y la otra por su descuido en cerrar las bocas del cisma. Discutieron los diputados romanos y el Papa con empeño; pero á nada llegaron en realidad. Un sobrino del Papa, que escuchaba la disputa, montó en cólera al oír las injurias dirigidas á su tío, y juró tomar pronta y ruidosa venganza. Volvian los catorce diputados, entre los que descollaban senadores del Capitolio y capitanes del pueblo, departiendo tranquilamente respecto á las conversaciones sostenidas con el Papa, cuando, al llegar al Hospital de Santo Espíritu, gran golpe de gentes, mandadas por el airado príncipe, sobrino de Inocencio VII, se lanza sobre los caballeros, los derriba del caballo, los encierra dentro del próximo edificio, los despoja de sus vestiduras, los atormenta sin piedad, los mata, arroja sus cadáveres mutilados á la calle, y enciende así en ira al pueblo, que se subleva y expulsa al Papa y al sacro colegio despues de una batalla sangrienta, obligándoles á vagar en las sombras de la noche por las ruinas y por las llanuras de la campiña romana. El 6 de noviembre, y en el año sexto del siglo décimoquinto, murió este



*Benedicto XIII.*



en hábil y experto en todo negocio, de edad sexagenaria, de complexion conciliadora y pacífica.

Estas condiciones no impedían que la guerra le rodease también y le combatiere con verdadero encarnizamiento. No existía potentado alguno en aquellos tiempos, sin que aspirara con tenacidad á ejercer la tutela sobre el Pontificado. Y no existía generacion romana á su vez, que no aspirase á resucitar las antiguas instituciones democráticas. Cuando el Emperador de Alemania dejaba la tutela sobre Roma, tomábala el rey de Francia; y cuando la dejaba el rey de Francia tomábala el rey de Nápoles ó el duque de Milan. Por este tiempo resultaba el rey de Nápoles el verdadero tutor de la sede pontificia. Pues, lo mismo que sucedía con los reyes europeos, sucedía con las generaciones romanas. Todas ellas daban en todo tiempo un tribuno, mas ó menos claro; y todo tribuno, mas ó menos claro, aspiraba á fundar una República mas ó menos democrática. Estas luchas se reprodujeron en tiempo de Inocencio VII y se agravaron por el estado general del mundo. Roma parecía, pues, un campo de batalla. Una tarde de agosto, catorce ciudadanos de universal nombradía, y de verdadera influencia, dirigieron al Papa, comunicándole dos quejas: la una por su descuido en apaciguar las perturbaciones de Roma y la otra por su descuido en cerrar las bocas del cisma. Discutieron las disputas romanas y el Papa con empeño; pero á nada llegaron en realidad. Un sobrino del Papa, que escuchaba la disputa, montó en cólera al oír las quejas dirigidas á su tío, y juró tomar pronta y ruidosa venganza. Vobis un cónsul diputados, entre los que descollaban senadores del Capitolio y capitanes del pueblo, departiendo tranquilamente respecto á las conversaciones sostenidas con el Papa, cuando, al llegar al Hospital de Santo Espíritu, gran golpe de gentes, mandadas por el airado príncipe, sobrino de Inocencio VII, se lanza sobre los caballeros, los derriba del caballo, los encierra dentro del próximo edificio, los despoja de sus vestiduras, los atormenta sin piedad, los mata, arroja sus cadáveres mutilados á la calle, y enciende así en ira al pueblo, que se subleva y expulsa al Papa y al sacro colegio despues de una batalla sangrienta, obligándoles á vagar en las sombras de la noche por las ruinas y por las llanuras de la campiña romana. El 6 de noviembre, y en el año sexto del siglo décimoquinto, murió este



*Benedicto XIII.*



Papa, sin haber hecho nada para devolver su unidad al Pontificado y su paz al catolicismo.

Cada vez que vacaba la sede pontificia, surgian conatos en el colegio avignonense y en el colegio romano de concluir la guerra religiosa y cerrar el cisma de Occidente. Bajo esta idea, se congregó el conclave, que debia dar un sucesor á la persona de Inocencio VII. El miedo á las revoluciones de la ciudad impidió que trataran con los cismáticos antes de proceder á la eleccion. Y no lo hicieron sin firmar un documento, en el cual constase que cualquiera de ellos, una vez elegido, renunciaria inmediatamente á su alto cargo, cerrando así el cisma religioso. A mayor abundamiento, eligieron á un viejo de noventa años, para que la muerte resolviese el problema pavorosísimo, si no lo resolvía su voluntad. Ignoraban los cardenales reunidos cómo las grandes pasiones se exacerban y crecen con los años, sobre todo, aquellas que para prevalecer y medrar necesitan mas de la astucia que de la fuerza, como la ambicion desapoderada. Eligieron, pues, un procurador de la union; y este elegido procurador de la union trabajó cuanto pudo para mantener la desunion, sin la cual jamás ejerciera la alta autoridad pontificia. El 30 de noviembre del año 1406, unos veinte dias despues de elegido, prometió solemnemente, y aun juró, procurar por todos los medios la deseada union, ora tuviese que buscarla á traves de los mares, en frágil leño, ora de tierra en tierra y de gente en gente apoyado en su bordon de peregrino. Tenia frente de sí á uno de los hombres mas originales y mas dignos de estudio que ha dado la historia, tan rica en caracteres individuales y en complexiones de verdadera excepcion. Hijo de aristocrática familia, nacido en la tierra de la constancia y del valor, altivo como sus compatriotas los fuertes aragoneses, irreconciliable con todo lo que no fuera su autoridad y su derecho; sin nepotismos, sin granjerías, sin vicios, pero con una fuerza de voluntad incontrastable, con una energía de sentimiento indecible, con una abundancia en su sentir y en sus creencias sin igual; despreciador del peligro hasta rayar en héroe: devoto á las causas vencidas hasta rayar en mártir; fiel á su palabra hasta rayar en tenaz; batallador hasta el punto de parecer mas un general que un prelado; ningun hombre tan propio de otros tiempos mas grandes, ninguno mas apto para guerrear con todas las fuerzas de la tierra y con todos los